

Francisco de Asís, realizó un acto al parecer horripilante, a fin de salvar a su querido hermano, Fray Lázaro, de la inminente caída que él preveía, y, al mismo tiempo, abatir su orgullo, desvirtuando así su calidad de santo, atentatoria contra sus votos de humildad franciscana. Barrios se limitó a exponer el caso escueto, sin alarde de análisis psicológico, a fin de que el lector pudiera construir el verdadero estado espiritual de Fray Rufino.

Habrán muchos, incluso el mismo Rossel, que interpretarán en diversa forma la ilógica, absurda y repugnante actitud de Fray Rufino. Eduardo Barrios no pudo presentarla en otra forma, porque adentrar en el espíritu de un criminal en el momento en que ejecuta el acto fatal, habría sido una temeridad imperdonable.

Los novelistas de la generación de 1910, generalmente, debieron prescindir del análisis psicológico, pero no por eso dejaron de preocuparse intensamente de la psique. Y en cuanto a los anteriores, habría que ejecutar un minucioso examen, desde Pina Bascuñán adelante, para determinar hasta qué punto se despreocuparon o tuvieron interés por la psicología.

No vituperamos los esfuerzos de las últimas generaciones de novelistas por apropiarse de la vida del espíritu y hasta por incursionar por el subconsciente, pero debemos advertir que estos caminos son peligrosos, bastante oscuros y ajenos a la mentalidad de nuestra raza. El hispanoamericano tiende, como el español, a desarrollar su pensamiento con claridad, lógica y sencillez. Debemos huir de la influencia europea, norteamericana o de cualquiera otras naciones exóticas y de su compleja conformación espiritual y de su enrevesadas posturas humanas, que sólo están bien en razas cansadas o en decadencia. Hacer psicología, bien; pero "a nuestra manera".

Milton Rossel sabe mejor que nosotros todo esto. Posee las cualidades que atribuimos a los hispanoamericanos. Es ya un crítico de fuste, y será uno de los mejores de nuestra literatura. Ante todo, es claro y preciso. Analiza con agudeza, posee vasta cultura literaria, y estudia con seriedad los temas que aborda. Su ensayo *El hombre y su psique en las novelas de Eduardo Barrios* es una demostración de su capacidad de analizador. Hay en los críticos jóvenes cierto confusiónismo, desorientación y superficialidad para juzgar nuestra incipiente literatura. Necesitamos uno como Milton Rossel que nos oriente hacia lo bueno y aparte de la cizaña de nuestra creación artística.

FERNANDO SANTIVÁN

De *El Correo de Valdivia*, junio, 1961.

\*  
\* \* \*

<https://doi.org/10.29393/At395-23RPJL10023>

*El relato de la pampa salitrera*, de YERKO MORETIC. Buenos Aires. Ediciones del Litoral, 1962

Hace años, Mariano Latorre se refirió al escaso cultivo de la novela chilena sobre el Norte Grande, las pampas salitreras y la épica andanza de sus habitantes. Tenía razón en ese entonces: 1941. En las páginas de *La literatura de Chile*, se estampa el siguiente juicio: "No es abundante la producción narrativa de la literatura chilena sobre el desierto y sobre las provincias de Atacama y de Coquimbo. Los temas son copiosos e interesantes, pero escasos

los intérpretes. Sobre las salitreras no tenemos hasta hoy un relato integral ni de los mineros de Atacama ni del paisaje y del hombre de los valles transversales”.

Casi un cuarto de siglo nos separa de la publicación de esas páginas de don Mariano y en tal espacio el relato chileno centrado en la recia aventura del hombre y de las pampas salitreras se ha enriquecido con sólidas aportaciones: la de Andrés Sabella, Nicomedes Guzmán, Luis González Zenteno y otros. Hoy contamos, pues, con los intérpretes y las narraciones; rico capítulo ofrecedor de más ancha perspectiva que al aparecer el ensayo de Mariano Latorre.

Tal es el tema del estudio publicado por Yerko Moretic, con el título de *El relato de la pampa salitrera* (Buenos Aires, 1962). Moretic, crítico y profesor —enseña actualmente en la Universidad de Pekín—, se ha propuesto estudiar en estas páginas —merecedoras de la primera recompensa en el Concurso Gabriela Mistral—, “el proceso seguido por el contenido del relato que reconoce sus fuentes en la vida de la pampa salitrera”. De acuerdo con las postulaciones de la exégesis marxista, interesa al autor la visión de los contenidos y no la dilatada contemplación formal.

La introducción de la obra sitúa la teórica sobre la que el ensayista trabaja, y el estudio propiamente tal se ordena en dos secciones: las de obras y autores que reflejan el “ascenso mesocrático”, y las de aquellos que nos muestran el “surgimiento del proletariado”. Al hilo de esta mención anotemos que si tales estadios pueden distinguirse a propósito del relato de la pampa salitrera, corresponden, en campo más amplio, a las grandes mutaciones experimentadas por las literaturas nacionales de América Hispánica en nuestro siglo. Otra cosa es que tales etapas no hayan tenido la fortuna de ser estudiadas con precisión. Por otra parte, el realismo crítico y la insoslayable influencia de Marx (recuérdese, por ejemplo, el nombre de Icaza y el brillante grupo de narradores ecuatorianos surgidos hacia 1930), esperan un estudio detenido. Largos años ha que la serena visión de Henríquez Ureña notó la problemática social riquísima encarada en nuestras más altas representaciones literarias. Entre nosotros, las etapas individualistas o narcisistas, como el modernismo, han contenido en su propio desarrollo reacciones contrarias y negadoras de sus mismos excesos; de tal modo, sería errado pensar en la sola prevalencia del individualismo y sus formas afines que, según Moretic, constituyen “la expresión del deseo metafísico de mutilar ese carácter social y convertir la existencia individual en la esencia del ser humano” (p. 11).

La primera sección del libro enfrenta las formas novelescas reveladoras, en su contenido, de un “claro origen mesocrático”. La distinción de tres grupos (“sólo con propósitos expositivos”) resulta cabal y puede aprovecharse para más largo destino. Así, el “realismo ingenuo” se distingue por la pobre factura externa, el detallismo naturalista, meramente acumulativo, y la visión casi infantil, simplista, de una compleja realidad. Los “populistas-psicologistas” se acercan sin mucho éxito a los estratos populares, que las más de las veces deforman con concepciones *a priori*, de alquimia y gabinete; y, a la vez, exhiben un claro “afán de mostrar texturas psíquicas complejas o anormales”. En este orden muévense variados autores, según Moretic: algunas obras breves de Carlos Pezoa V., sobre todo “El taita de la oficina”; Víctor Domingo Silva es severamente enjuiciado por *Pampa trágica*, *Palomilla brava* y *El cachorro*: desaliño en el estilo, mal gusto, repentismo, vulgaridad, ten-

dencia a lo folletinesco, cursilería y truculencia. Sólo se salva cuando algún soplo de poesía (que la puede haber, y muy buena, en la prosa), circula con su aire precioso. El contenido de las obras de Silva es el que se ve trizado; no aparece, en las que tratan de la pampa salitrera, el verdadero pueblo ni el autor entiende en claro la realidad que le inspira. Igualmente áspero y polémico es el juicio para Eduardo Barrios, por *Del natural* y *Tamarugal*. Podría la opinión equilibrarse recordando la fuerte implicación naturalista de la primera obra y la consiguiente delectación en el erotismo de alcoba. Los obreros que aparecen en *Tamarugal* son "torpes hasta la estupidez, prestos al soborno y a la traición, al sabotaje y a la cobardía" (p. 28).

El tercer grado propuesto por Moretic, el del "individualismo pesimista", cultivador de una soledad a veces más literaria que real, derrotista y angustiado, se ilustra con *Terral*, de Nicolás Ferraro.



LA SECCIÓN más extensa de la obra es la segunda, ya citada en su denominación. Si en la primera se observan los afanes iniciales de los escritores, centrados más en el paisaje, las modalidades topográficas áridas, en suma, la exaltación regionalista, en la que sigue el asunto principal, es la madurez de la novela del Norte Grande y con ella son el hombre y su conflictualidad de clase el elemento determinante y vertebral. Al ritmo del vertiginoso crecer del trabajo salitrero —que no traía a parejas el mejoramiento de la condición social— aparecieron "en las desérticas regiones nortinas... nutridos núcleos de obreros que, en medio de inhumanas condiciones de vida y de trabajo, dieron origen a un proletariado cuyas características iban a cobrar mayor nitidez a medida que aumentaba la intensidad de la lucha con los industriales" (p. 39). Este filón de vida y tragedia, que cumplió su periplo doloroso a miles de kilómetros de los centros, que tal vez lo ignoraron, es el que ha ocupado y preocupado, desde 1930 a esta parte, a algunos novelistas nacionales.

Justa nos parece la exaltación y revaloración de *Carnalavaca*, de Andrés Garafulic que, en 1932, aparece como precursora del ciclo narrativo anti-imperialista en Hispanoamérica, salvo el solo antecedente de *Tungsteno*, de César Vallejo, aparecida un año antes. Que Moretic es equilibrado en sus observaciones y que no cambia erróneamente panfletarismo por literatura, se prueba con su enjuiciamiento de *Carnalavaca*, los méritos de su primera parte —que a M. Latorre le recordaba las novelas neoyorquinas de Dreiser o Lewis— y la admisión del subsecuente decaer en las restantes. Puntualiza con acierto que el antimperialismo de *Carnalavaca* se distingue "por originarse en el choque entre los intereses de los monopolios norteamericanos con los de nuestros capitalistas" (p. 46).

La mitad final de *El relato de la pampa salitrera* fórmanla breves y ágiles monografías sobre los cuentos de Mario Bahamonde y las novelas porteñas de Andrés Sabella, Nicomedes Guzmán, Augusto Iglesias (*El oasis*), Volodia Teitelboim y el malogrado Luis González Zenteno. Estas cincuenta páginas nos revelan el mejor aporte del crítico chileno.

No todos estarán de acuerdo con los novedosos planteos exegéticos propuestos por Moretic; pero una visión serena de sus páginas nos deja como

saldo su notorio afán de huir del comentario pontificante o aterrador en su presuntuosa nomenclatura. Y, sobre todo, la valoración y revaloración de un considerable sector de la narrativa nacional que hasta el momento nadie había visto con organicidad y agudeza semejantes.

JUAN LOVELUCK

GLEN L. KOLB. *Juan del Valle Caviedes. A Study of the Life, Times and Poetry of a Spanish Colonial Satirist*. Connecticut College Monograph Nº 7, New London, Connecticut, 1959

UNA BREVE monografía sobre Juan del Valle Caviedes, escrita por Glen L. Kolb, viene a sumarse a los estudios ya conocidos de Guillermo Lohmann Villena, Luis Fabio Xammar, el P. Rubén Vargas Ugarte y Augusto Tamayo Vargas\*, para hacer mención sólo de los más recientes. Las circunstancias de que el satírico limeño sea observado por un investigador de Estados Unidos de Norteamérica no resulta extraña si se invoca el auge que en ese país —en universidades y *colleges*— ha logrado la preocupación por las literaturas hispánicas, de la cual se deriva muy serio acopio de investigación.

Ante la mucha novelería que circula en torno a la vida del poeta y frente a apreciaciones críticas dictadas más por el capricho que por la reflexión, hacíase necesario un estudio de más rigor y acucia. Es el que ha cumplido, con alguna brevedad, el profesor Kolb.

Seis capítulos integran el estudio: "The Life and Times of Caviedes", "The Tooth of Parnassus, Satire of Doctors", "Women: Love, Humor, and Pornographic Satire", "Religious Poetry and Anti-Clerical Satire", "Miscellaneous Verse" y "Evaluation and Conclusion".

La sección biográfica del estudio considera las aportaciones sabidas de Lohmann Villena y vuelve a la revisión de la "biografía ficticia" que echó a correr don Ricardo Palma en el prólogo de la edición de Manuel de Odrizola. Del mismo origen son las afirmaciones que muestran a Caviedes comerciante y dueño de un pequeño puesto o "cajón" (el "cajón de la Ribera") y el apelativo "poeta de la Ribera", tradicionalmente repetido en las referencias al escritor colonial. Kolb insiste en el peligro de esta biografía legendaria, riesgosa como toda la que se asume como base para una interpretación de la obra creadora. La primera referencia a Caviedes comerciante es de 1814, más de un siglo después de su muerte y no, por ende, testimonio coetáneo; la primera vez en que se da la designación *poeta de la Ribera* es en 1854, en la pluma de Juan María Gutiérrez. En vista de éstas y otras imprecisiones frecuentes en la crítica que se ocupa de Caviedes, Kolb advierte (pp. 10-11) la

\*Guillermo Lohmann Villena, "Dos documentos inéditos sobre Juan del Valle y Caviedes". *Revista Histórica* (Lima), xi (1937), 277-283, y "Un poeta virreinal del Perú: Juan del Valle Caviedes". *Revista de Indias* (Madrid), núms. 33-34, 1948, 771-794. Luis Fabio Xammar, *La poesía de Juan del Valle Caviedes en el*

*Perú Colonial*, Lima: Librería e Imprenta D. Miranda, 1946. Rubén Vargas Ugarte, S. I., "Introducción" a las *Obras de don J. del V. y C.* Clásicos Peruanos, vol. 1, Lima, 1947. Pp. viii-xxiv. Augusto Tamayo Vargas, *Literatura peruana*, Lima, 1953, 1, pp. 300-312.